

ROSE GATE

LOS  
GUARDIANES  
DEL  
BAPTISTERIO

*Siente el aullido  
de la manada*

Elle acaba de mudarse de la gran ciudad a un pueblecito en la otra punta del país por decisión de sus padres. Dejar su vida y sus amigos atrás no la pone de buen humor.

Jared es el cantante de rock del momento, el chico más codiciado del Montevives, el único instituto de Las Gabias, y nadie sabe el secreto que oculta.

Un accidente hará que sus destinos colisionen dejando atrás todo lo que conocían.

¿Qué pasaría si todo lo que creyeras real dejara de serlo?

¿Qué ocurriría si hubiera un universo paralelo deseoso de colonizar el tuyo?

Prepárate para adentrarte en una nueva realidad capaz de cambiar tus esquemas y hacer que vivas con intensidad el aullido de la manada.



**ROSE GATE**

## Introducción



**M**iré por la ventana del coche cubierta por una fina capa de polvo, lo que dejaba atrás eran kilómetros, familia y recuerdos.

A mi lado, mi hermano descansaba con los ojos cerrados y el cuello torcido. Podría parecer una postura incómoda, pero, para él, no lo era. Tenía los labios separados colmados de suspiros de complacencia. Incluso llegaba a despertarme ternura en aquella pose tan suya. En cuanto abría los ojos, la calma daba paso a la tormenta y es que, cuando sus pupilas enfocaban hacia las mías, el cariño daba paso a un arrebató de magnitudes cósmicas para chincharlo. Juro que intentaba controlarme, sin embargo, la necesidad de ejercer de acicate contra mi hermano pequeño era superior a mis fuerzas.

Pulla por aquí, contestación por allá, y ya la teníamos liada hasta que la histérica de mi madre nos castigaba.

La tenía sentada justo delante de mí, tarareando una canción antigua que sonaba en la radio, y que yo no habría escuchado en la vida si ella no hubiera detenido la emisora justo en aquel tema, que la hacía berrear agitando la cabeza como si volviera a tener mi edad. De ella era la culpa de que mi padre, mi hermano y yo hubiéramos recorrido casi novecientos kilómetros de aventura personal.

Exacto, nos estábamos mudando de una gran urbe, como era Barcelona, a un pueblo de veinte mil setecientos habitantes, a diez kilómetros de Granada y con nombre de jaula. No me mires así, si traducías Las Gabias a mi lengua materna, el catalán, significaba exactamente eso: Las Jaulas, que, en parte, era como yo me sentía, presa de las decisiones de mi familia, pues aunque me hiciera ilusión tener una casa con piscina, ¿en serio era necesario cruzar medio país para conseguirla?

No obstante, viendo la cara de ilusión de mi madre, sus explicaciones de por qué había decidido dar una paga y

señal en el último evento literario al que acudió en Armilla, sin consultarnos, junto a las fotos de una maravillosa casa adosada, con pasarela de cristal que separaba su habitación de la mía, no tuve más remedio que sentir su sueño un poco mío. Me imaginé bajando por la escalera flotante con la que se comunicaba bailando al ritmo de todos los tiktoks que había aprendido durante el confinamiento.

Si algo nos había dejado la Covid, aparte de la sana costumbre de lavarnos las manos unas cincuenta veces al día, había sido que, ante la crisis, la harina, la levadura y el papel de váter se consideraban bienes escasos. Que era tiempo de aprender a hacer pan y repostería, además de lanzarse de cabeza a las redes con una incipiente ilusión de convertirse en el *#trend* del momento y que tu vídeo se hiciera el más viral del universo, superando al de la chica moviéndole el cuerpo a su gallina.

El estado de alarma nos sirvió para tomar muchas decisiones, en la mayoría de los casos, vitales. Algunos se divorciaron, cambiaron de trabajo, otros se mudaron, como nosotros, y decidieron que lo mejor era un cambio de vida radical.

Mi madre pasó de ser una directiva que gestionaba un centro deportivo a escritora de romántica en Amazon, puede que fuera algo que sorprendiera a muchos, a mí no me cogió de nuevas, pues se había dedicado a aporrear las teclas desde que mi padre le regaló aquel ordenador de quince pulgadas de segunda mano en Wallapop.

Las musas se desataron en su cabeza y se pasaba los mediodías, las noches y cualquier partícula de tiempo desgastando teclas.

Antes de dar el salto a nuestra nueva vida y entonar la letra de *Qué lástima pero adiós*, de Julieta Venegas, pasaron veinticuatro meses en los que convivimos con la exigencia de su puesto laboral, los libros y las olas del Coronavirus.

Por aquel entonces, solo la veíamos para comer y para cenar, y sabíamos que estaba en casa porque de tanto en tanto alzaba la voz en uno de sus: «Callad, que estoy escribiendo». Ese fue el #parati más escuchado de nuestra casa, por encima del *Despacito*, o cualquier éxito veraniego.

Mi hermano y yo nos mirábamos desafiantes, después del estallido de ira de mi madre, que auguraba dejarnos sin aparatos electrónicos hasta el día del juicio final.

Y es que, lo reconozco, llevarme bien con mi hermano era un lujo que duraba lo mismo que una estrella fugaz o un eclipse. Cuando lográbamos congeniar, nos jurábamos que siempre sería así, nos profesábamos un montón de abrazos, besos y palabras bonitas, envueltos en un manto de amor que se autodestruía en 3, 2, 1. ¡Boom!

Cuando mi madre veía aquel extraño y efímero fenómeno, ponía los ojos en blanco, en el fondo era consciente de que duraría poco. Las madres siempre saben esas cosas, igual que quién se había comido la onza de chocolate que le faltaba a la tableta.

Mi padre, por el contrario, nos contemplaba a través del espejo del coche como si fuéramos su pedacito de cielo en el mundo. Tampoco voy a mentirte, aquella mirada duraba hasta que cometíamos alguna trastada o lo incomodábamos a la hora de la siesta. Entonces, se transformaba en el hijo que nunca tuvieron Godzilla y King Kong.

Se llama Carlos, era entrenador personal hasta que tuvo una lesión laboral que le costó su trabajo y por la que le concedieron una incapacidad. Ahora, el dolor era su compañero de fatigas, junto con la única afición que lo hacía desconectar, cantar. Mi padre tiene una voz preciosa, rasgo que ha heredado mi hermano, además de su pasión por el deporte. Digamos que la afinación bucal no es una de mis virtudes, yo prefiero que la música fluya en mí a través del baile.

–Estamos llegando –anunció mi madre con una sonrisa en los labios.

Yo me hundí más en el asiento y contemplé cómo los edificios de la gran ciudad se convertían en calles estrechas y casas achaparradas de tres plantas.

Adiós a mis amigos del instituto, adiós a mis clases de *ballet*, contemporáneo, hip-hop y teatro musical. Bienvenida nueva vida cargada de rostros desconocidos y gente desconcertante, de acento atropellado que me hacía estrechar la mirada con algunas palabras.

Me llamo Michelle Silva, aunque todos me llaman Elle, tengo casi dieciséis años y voy a contarte cómo aquella mudanza terminó siendo la experiencia más alucinante de toda mi vida.





# **Capítulo 1**

## El Instituto



**P**rimero día de clase. Sentí los nervios convirtiéndose en una bola apretada en el centro de mi estómago. Era inevitable, no podía contener la sensación por mucho que lo

intentara, y eso que ya llevaba dos meses aclimatándome al entorno.

Mi casa estaba frente a un parque, ubicada, según los vecinos, en una de las zonas más tranquilas del pueblo. Había sido un poco locura nuestra llegada, porque emprendimos el viaje durante la noche de San Juan y, al día siguiente, a las doce, firmábamos la compra de la casa.

A las dos en punto, el de la mudanza ya estaba llamando a la puerta para descargar.

No os creáis que dentro del camión había muebles, no. El lema de mi madre era «vida nueva, muebles nuevos». En la caja del vehículo venían ropa, juguetes, libros, ordenadores... Media vida de mis padres y otra media de la de mi hermano y mía.

Los muebles irían llegando poco a poco. Mi madre lo había comprado casi todo por internet, era la reina de encontrar cualquier tipo de chollo en las redes. Lo único que nos aguardaba en la casa eran los colchones tirados en el suelo que llegaron el día anterior por Amazon.

Nos tocó adecuar la casa, montar muebles, comprar electrodomésticos y adaptarnos al lugar. Eso fue lo más sencillo. Por fortuna, mi familia siempre fue de naturaleza abierta. Confieso que los vecinos ayudaron bastante, estábamos rodeados de familias con niños de edades semejantes a las nuestras, por lo que no fue complicado que conectáramos con algunos.

El verano pasó en un suspiro, tuvimos tantas visitas que era rara la semana en la que estábamos los cuatro a solas. El parque, la piscina y la intensa vida social de mis padres hicieron que el verano más caluroso de nuestras vidas también fuera el más corto.

Septiembre había llegado, y con él mi nuevo instituto. El IES Montevives, a solo cinco minutos a pie de casa.

Cuando fui a matricularme, recuerdo que pensé que era gigantesco si lo comparabas con mi instituto de antes, solo la entrada ya impresionaba. Era lógico, pues alberga-

ba la friolera de novecientos alumnos con sus correspondientes profesores.

El primer día, la entrada se efectuaría por la parte trasera, que se ubicaba en el interior de un parque público cubierto de árboles y bancos de piedra. A través de él, llegaría a un enorme patio central, adecuado a las dimensiones del centro, y, una vez allí, nos distribuirían por clases.

Mi madre insistió en acompañarme un trocito, por eso de no ir sola el primer día, aunque cuando llegó a la acera de enfrente del parque se quedó quieta y me miró expectante.

–El resto del camino ya puedes hacerlo sola –me lanzó un guiño cómplice.

–¿En serio no quieres entrar conmigo y llevarle una manzana a mi tutor? –pregunté sarcástica, ella emitió una risita.

–No seas boba. Ya sé que eres mayor y que lo de hoy ha sido puntual. Por cierto, estás preciosa, ¿te lo he dicho ya? –Yo puse los ojos en blanco.

–Sí, lo has hecho, y no estoy preciosa, soy simplemente yo. –Me encogí de hombros restándole importancia a su cumplido. A ver, seamos francos, no podía quejarme de mi físico, pero me avergonzaba un pelín que mi madre cantara mis alabanzas.

Eché un vistazo a mi vestuario y lo comparé al del resto de chicas, era inevitable la sensación de querer encajar. Elegir la ropa que vas a usar el primer día es importante, la moda solía hablar de quiénes somos, cómo entendemos el mundo y lo que queremos transmitir a los demás. En mi caso, como el sol todavía era abrasador, me había decantado por un vaquero corto y una camiseta ancha que caía justo por encima del ombligo, en un tono rosa degradado, mi color favorito. Si hubiera estado un pelín bronceada, habría destacado más, pero qué iba a hacerle, heredé el color Puleva de mi abuela, el sol parecía querer evitarme y, si me exponía a él, lo único que conseguía era que las

pecas, que adornaban tanto mis mejillas como el puente de la nariz, se multiplicaran. Menos mal que estaban de moda y que la gente llegaba hasta a pintárselas. Me recogí la melena castaña en una cola alta, tenía el pelo muy largo y no quería que me incomodara. Así quedaba a la vista mi mejor rasgo, unos ojos verdes felinos que cambiaban de color dependiendo de la luz.

—¿Nerviosa? —preguntó mi madre a sabiendas de la respuesta, pues bajé en reiteradas ocasiones a la cocina porque no podía dormir.

—Un poco, eso de que no nos dieran la lista del material y vaya de vacío a mí no me llena.

Ella se echó a reír.

—Elle, si no te han dado lista, será porque hoy os dirán qué tenéis que llevar. Llamé a secretaría y me dijeron que no tenían nada. —Arrugué la nariz.

—Ya, pero sabes que hubiera preferido tenerlo todo listo, no soporto que me falten cosas.

Soy extremadamente organizada y puntual. No me gustan los imprevistos, prefiero saberlo todo de antemano, crear mis listas, repasarlas varias veces hasta cerciorarme de que he comprado lo necesario y empezar el curso sin que me falte detalle.

Las únicas sorpresas que admito son los regalos, una fiesta o enterarme de que me llevan de vacaciones a un hotel. Esas sí que las tolero.

Mi madre volvió a insistir al ver mi cara poco complacida.

—Llevas un estuche cargado hasta los topes, una libreta con tantas páginas que podrías anotar parte de tu vida y la agenda por si te encargan alguna tarea. Hoy no necesitas más y cuando regreses a casa ya iremos a comprar lo que te haga falta, te lo prometo. ¿Quieres que venga a buscarte?

—No es necesario, me parece que seré capaz de recorrer tres calles sola —murmuré con autosuficiencia.

–Vale, pero ten cuidado al cruzar, ya has visto que aquí conducen como locos y el intermitente lo llevan de adorno.

–Mamá, ya no soy una cría –resoplé dando un puntapié a una piedra con mi zapatilla.

–Lo sé, perdona, a veces se me olvida. ¡Es que has crecido tan rápido! –dijo con añoranza. Me achuchó hacia uno de los costados de su cuerpo–. Que pases un gran día, cielo. Te quiero y me siento muy orgullosa de ti, sé que lo que te he pedido es mucho al cambiarte de ciudad, pero también ha sido por vuestro bien, ya lo veréis. –Besó mi mejilla y yo le devolví la muestra de afecto.

–Seguro que sí, mamá. Yo también te quiero. Anda, ve, que en un rato tienes que llevar a mi hermano al cole.

Ella asintió y se alejó calle arriba, deshaciendo el camino que habíamos recorrido juntas. Hoy empezaba a una hora distinta que mis vecinas, con las que me llevaba uno o dos años. Por eso había tenido que venir sola. Ninguna era de mi edad exacta, sino más pequeñas.